

## NOTAS

*“A veces hablaba de este asombro, pero como que nadie parecía compartirlo, ni tan sólo comprenderlo (la vida está hecha así, a base de pequeñas soledades), lo olvidé”. R. Barthes*

Me encuentro un poco, como sin querer, comenzando a pensar sobre mis propios asombros. Tales asombros versan sobre mis propias experiencias. Por ejemplo, me pregunto (con asombro, con una sorpresa distraída) si este dibujo es mío, si soy yo un poco de estos colores, si estoy ahí o acá mirándolos. Siento un poco de curiosidad en esto de verme desde afuera, o mejor dicho de ver objetos o papeles que tienen algo de mí. En realidad, no sé si tienen o no algo de mí, pero es como un supuesto básico, necesario, el suponerle que por el hecho de haber sido realizados por mí deben tener entonces algo de mi persona. Sostendré esta idea por un rato para poder abrir camino. Luego de estas últimas palabras (pesadas por lo prometedoras), no sé por dónde seguir. La verdad es que no sé qué es eso del camino que dije recién. Al releer lo escrito, lo único que se me ocurre pensar es cómo a veces se producen pensamientos que aparentemente son de uno pero la verdad es que el modo en que se presentan, por más pequeños que sean, sorprenden. Esta sorpresa produce ahora un efecto de desconocimiento, de ajenidad respecto de lo propio.

Otra vez me alejo un poco, leo lo que escribí y me vuelvo a hacer la misma pregunta. Si estas palabras son expresión de mi pensamiento y este pensamiento me corresponde, entonces es una parte mía. Puedo comprender que hay parte de mí afuera de mí, que se escapa, o sale directamente y que puede tener distintas materialidades.

Puedo estar en un papel y puedo estar en una foto, en una palabra, en muchas, en una tarta, en un mantel prolijo y estirado. Es notable que no en todos lados las partes de mí existen de la misma manera, con la misma intensidad. No es la misma profundidad de una parte de mí en una planta que planté en el fondo de mi casa, que una parte de mí en un cartón que pinté o en una nota que dejé. Al interior de lo escrito tampoco significa lo mismo, yo en una lista de supermercado que yo en una carta para Diana. Hay diferencias. Me interesa pensar los distintos modos de estar (de habitar los espacios), porque me permite establecer ciertos bordes, saber por ejemplo, hasta dónde puedo llegar; o mejor dicho, me posibilita sostener la sospecha de que puedo llegar de diferentes maneras. El punto (agujerito, pequeña mancha) es que podemos transitar por los bordes o no.

¿Y dónde estoy de verdad, en los bordes? No sé si acá o allá, si en este pedacito o en aquel otro. La pregunta me resulta difícil porque si puedo estar de verdad en algún lado quizás en otras partes esté como en una verdad a medias, o más o menos.

Si puedo hacer como que estoy en lugares en donde no estoy (al modo de un laberinto personal, de propios recovecos), entonces puede ocurrir que crea que aquella sea una parte de mí y no lo sea. De esto no estoy muy convencida. Pienso que si uno es y despliega partes de sí todo el tiempo y en todos lados a los que va, despliega pedazos de verdad. Son pedazos

de su verdad (de su mundo, como sentir palomas en la panza) que va dejando por el camino, como huellas, improntas de la propia existencia. Y esto no es algo nimio; por el contrario, pareciera ser aquello que impulsa esta actividad constante de estar en el mundo más allá de los bordes del cuerpo, para dejar algún rastro. Dejar registro de la propia existencia no es algo superfluo. Es como dejar una constancia de que vivo, y mientras vivo hago cosas, y esas cosas las plasmo en algo material, las concretizo. Es hacer como si por momentos yo no tuviera límites, y pudiera dejar un “algo” que diera cuenta de mí, por más que lo que aparezca sea apenas un fragmento inconcluso de no se sabe qué. De mí para alguien, para muchos otros, pero sobre todo creo que se debe a algo de pequeñas soledades.